

Vasseur los contornos de su estética, damos aquí uno de sus poemas:

Pegaso, divino payaso...  
Pegaso,  
divino payaso:  
la vida no te basta, la muerte acaso.

Caracol  
ánmico, que sacas los cuernos al sol...  
Tú dices: si hubiera algo más  
del salto adelante, que es salto hacia atrás!

Si alguien tendiera una escala neutral  
a cada salto mortal...

Si algo de nos resurgiera  
y tuviera  
conciencia y poder,  
¿qué haría para distraer  
el tedio inenarrable de su ser?

Tañer el arpa, bajo las foscas  
barbas de algún «ilustre desconocido» ¿Dios?  
¿Cazar almas como quien caza moscas,  
una a una, o dos a dos?

Pegaso,  
divino payaso:  
la vida no te basta, la muerte acaso.

C. P. S.

## ENSAYOS

AMÉRICA BÁRBARA, por *Emilio Rodríguez Mendoza*

El autor de «América Bárbara» (1) libro de los más recios publicados este año—ha seguido siempre una línea. Quien haya estudiado sus libros anteriores, quien lo haya seguido en su trayectoria de escritor, se dará cuenta inmediatamente de que sus páginas están animadas por un espíritu muy entero. El lector que se tope con un libro de Rodríguez Mendoza, sabe con quien se las va a entender. Porque ocurre, leyendo algunos libros de por acá y muy famosos, que no sabe uno con quién se

---

(1) Ediciones Ercilla, 1933.

las entiende. Puede salir defraudado en los libros del autor de «Cómo si fuera ayer», en cuanto a las apreciaciones o en cuanto a ciertas intemperancias de estilo o períodos estentóreos que parecen tallados a martillazos; a veces, en cuanto a la doctrina política; pero el espíritu, la médula del escritor, su posición ante la vida y los hombres, será siempre la del que dice las cosas en absoluta y rotunda sinceridad. Su estilo de escritor es invariable e inconfundible. Es él con sus defectos, errores y adivinaciones.

Yo he leído esta «América Bárbara» con un agrado que muy pocas veces proporcionan los libros nacionales. Y no porque estén mal escritos o no contengan una substancia, sino porque uno siente, en muchos, la ausencia del hombre. Ese hombre que está de pie sosteniendo la obra, que le infunde el soplo de su viva o contradictoria o explosiva humanidad. Se entra en el tumulto de Rodríguez Mendoza y encuentra uno, a poco andar, el hilo tenso de la voluntad, las estridencias del estilo, la fiebre comunicativa del que está batiéndose con un seguro dominio de sí mismo.

«América Bárbara» es la síntesis del dolor americano en la barbarie de sus caudillos. Es lo pintoresco, lo trágico, lo cómico, lo absurdo, en cuanto a la calidad humana de sus héroes. De mano maestra pueden tildarse las páginas consagradas a Melgarejo, y, por tanto, a Bolivia. Y las de García Moreno, no lo son menos aunque la intensidad del fenómeno psicológico del sombrío tirano con alma de monje, no haya sido lograda con toda la plenitud necesaria. Es el agua fuerte, el trazo duro al carbón, la mirada recta que rasga como un arcabuzazo.

Más que historia descarnada, este libro es interpretación del medio y del ambiente, con un repunte de novelería que hace aún más agradable la sensación total del cuadro en que el autor coloca a sus personajes. En muchos capítulos uno imagina leer una extraordinaria novela. No, por supuesto, la novela modista a que nos tienen habituados. Aquí se oye el jadeo, el borbotar de la lucha, y, a ratos, una inmovilidad singular de cuadro antiguo, como una estampa polvorienta sorpresivamente descubierta. Sólo América pudo dar estos hombres que, como Ro-

sas, Francia, Melgarejo, y García Moreno, dignificaron la barbarie, si así pudiera decirse. Fueron los amos de países huérfanos de historia medular. Con ellos, por lo menos, la historia adquirió un ritmo angustioso, precipitado, jadeante. Y como si hubieran manejado grandes feudos, castigaron al arbitrio y humillaron y sacrificaron todo a su desorbitada pasión. Estaban dominando países de esclavos. Recibieron una herencia de esclavitud, en el traspaso de la vida colonial, y se dedicaron, unos a enderezar entuertos imaginarios, y los otros a satisfacer su animalidad y su lujuria. Fueron sujetos dignos de la psiquiatría. Almas sombrías que ahogaron toda noción de libertad y envilecieron hasta lo más profundo esta rica naturaleza humana de América. Algo había en ellos de las alimañas de la selva o del desierto. Consideraron a los hombres como bestias, y erigieron para su reinado una moral de siervos que aun América no purga enteramente. El concepto de la justicia o de la diferenciación social, que aun persiste en muchos países americanos, fué, en parte, la obra de estos hombres elementales, que tuvieron, sin embargo, una noción refinada del mal y de la crueldad. Para ellos no había otra voluntad que la personal, y nada podía erigirse ante ellos, como no fueran las bestias y los árboles. El rencor que desencadenaron con sus horrores y caprichos, no ha sido aún borrado del todo y quedan en ciertas regiones las huellas con que marcaron su paso. Las dictaduras recientes o actuales de Hispano América no han sido y no son sino brotes lejanos de aquellos caudillos bárbaros.

Este libro de Rodríguez Mendoza está destinado a ser aplaudido en América. Por lo menos, es, por la interpretación, y por la fuerza con que presenta a los caudillos de la descomposición, uno de los documentos más interesantes con que la literatura contribuye al conocimiento de las figuras de los dictadores americanos. Contribuye, decimos, porque la historia prosigue siempre, a pesar de todo, investigando y sacando a luz nuevos datos para la obra de los que se sientan tentados por el tema. El tema es vasto e intrincado, y los papeles íntimos, como es de uso en estos países, suelen guardarse bajo siete llaves a fin de que la investigación no ponga la mano en ellos. Se quiere que todos

los antepasados sean héroes o santos. No hombres con pasiones, defectos, errores, caídas y vergüenzas. Y, en este sentido, América es un archivo riquísimo, y, sobre todo, muy revelador...—

*Mar o.                      Maveo*

PAGES D'UN JOURNAL, *Lily Iñiguez*, Imp. «La Sud-América», Santiago, S. F.

La joven autora de «Páginas de un diario», no es una desconocida para el lector amante del arte literario. En efecto, en 1930 llegó a Santiago, impreso en París, un opúsculo poético cristalino y sencillo y de fina factura tipográfica.

La autora de «Brève Chanson» despertó mi interés—el interés es un entusiasta durmiente—por su acento de sostenida melancolía y por el cordial motivo de su canto. Además, mucho ayudó para la más amplia comprensión de su arte una conferencia de Iris acerca de su madre, Rebeca Matte, que, naturalmente tangenteó el alma polifacética de la hija, artista por temperamento y por educación.

Hace poco he recibido «Pages d'un journal», de su señor padre, por intermedio de mi gentil amiga Amelia Balmaceda Lazcano. Ha sido un obsequio opulento. De doble opulencia: por lo literario y por lo material.

Libro de gran formato. De una pulcritud excepcional en la presentación. Es obra de lujo. La lectura de él requiere facistol...

En Lily Iñiguez hay una profunda tragedia. Es ésta la de la persona que no posee en toda su hondura un idioma propio, un lenguaje vernáculo. La observación anterior, no tiene por objeto aminorar la simplicidad de su francés. Tiene un alcance más substantivo: es la tragedia esencial de quien no posee un verbo con toda la autenticidad necesaria para una expresión lograda con destreza y fluidez. Y esta acotación nada tiene, por otra parte, de antojadiza. En las últimas páginas del libro se lee, además del francés, su idioma casi natural, se lee, repito, en inglés, alemán, italiano. Era, pues, una poliglota. ¿No es esta una tremenda tragedia para quien necesita de la palabra para ex-